

inserta en el debate de actualidad que la cuestiona como posibilidad: «¿Se ha enterado usted de la teoría que algunos formulan, según la cual Beethoven podría ser considerado como el primero de los músicos puros, es decir como el primero de los músicos deshumanizados?» (MN. 116).

No se escribe para complacer al lector sino para hacerlo cómplice o para hacerlo leer —por mero placer— la escritura propiamente. Por eso no están hechas para un lector ingenuo, sino para uno prevenido («Hasta para disparar la flecha más aguda, la prosa de esta novela requiere el arco más curvo, la más tendida espera, el perímetro de la más lenta preparación»¹⁸) y sumamente activo que entre en diálogo con el texto tal y como éste lo hace con él.

Me anticipo al más justo reproche, para decir que he querido así mi historia, vestida de arlequín, hecha toda de pedacitos de prosa de color y clase diferentes. Sólo el hilo de la atención de los numerables lectores puede unirlos entre sí, hilo que no quisiera yo tan frágil, amenazándome con la caída si me sueltan ojos ajenos, a la mitad de una pirueta. Soy muy mediano alambrista.

Diréis además: ese Ernesto es sólo un fantoche. Aún no, ¡ay! Apenas casi un fantoche. Perdón, pero el determinismo quiere, en mis novelas, la evolución de la nada al hombre, pasando por el fantoche. La escala al revés me repugna. Estaba muy oscuro, y mi lámpara era pequeñita. Algunos recomiendan abrir las ventanas, pero eso es muy fácil, y apagar la lámpara imposible. Siento no poder iluminar los gestos confusos, pero «no poder» es algo digno de tomarse en cuenta.

Ya he notado, caballeros, que mi personaje sólo tiene ojos y memoria; aún recordando sólo sabe ver. Comprendo que debiera inventarle una psicología y prestarle mi voz. ¡Ah!, y urdir, también, una trama, no prestármela mitológica. ¿Por qué no, mejor, intercalar aquí cuentos obscenos, sabiéndolos yo muy divertidos? Es que sólo pretendo dibujar un fantoche. Sin embargo, no os vayáis tan pronto, los ojos, de este libro (NN, 73).

Todo ello, así como la inclusión de los propios nombres o el de los amigos en el texto, sirve para que el lector se distancie de lo ficticio. La novela de Owen es la que mejor consigue plasmar una literatura que es consciente de serlo, porque al escribir en tercera persona crea una multiplicidad de niveles narrativos: por un lado está Owen, el autor biográfico; por otro, el narrador, quien ha creado a Ernesto; además, está Ernesto, que a su vez conoce a Gilberto Owen, autor de una obra inconclusa. Coincido con quienes consideran la novela como la más actual, o la más provocadora, de las tres. Ya hay quien ha citado a Cortázar a propósito de Owen, porque al igual que *Rayuela*, *Novela como nube* permite que se altere a voluntad el orden de la lectura, pero en cuanto a la distancia entre el narrador y lo narrado ¿será necesario recordar a Borges, también? La diferencia con éste último, es que Borges sí elabora una historia —plantea un enigma— y que los diferentes niveles narrativos utilizados tienen una funcionalidad dentro de ella. Eso no le sucede a Owen, y *Novela como nube* parece haberse quedado en un prometedor boceto.

¹⁸ Torres Bodet, art. cit., págs. 88-89.

Salvador Novo, un punto y aparte

Return ticket se aparta claramente del resto de las obras comentadas¹⁹. La fuerza de la individualidad se impone por encima de las coincidencias grupales. La diferencia estriba en que a Novo sí le interesaba narrar y consigue hacerlo con la frescura, la fluidez y la gracia que caracterizarían siempre a su prosa: desde la crónica sociológica al libelo político. Aquí con el pretexto de escribir un libro de viaje (el que realizó a Hawai en misión diplomática) nos da además un fragmento de biografía. Salvador Novo tenía veintitrés años y se sentía viejo:

Ahora me mandan fuera de esta ciudad de la que no esperé salir nunca y en donde me esperan algunas cosas terminadas y muchas pendientes. Siento un vago disgusto al abandonar mis pequeñas costumbres; la diaria y familiar comunión de su beso, mis clases, mis libros que ya no deben tardar y que necesito absolutamente. Ya no me tienta la aventura. Si yo hubiera tenido fuerzas a tiempo... Pero ahora ya gordo, con anteojos, con poco pelo (...) La idea es verdaderamente ridícula (RT, 232).

El paisaje físico y humano hasta la frontera de los Estados Unidos es mirado con desprecio: «A toda esta gente ya la conozco. Estos tipos desconocidos, oscuros, pintorescos, buenos para los cuadros de caballete, son de lo más vulgar que pueda encontrarse. No hay realmente nada que apuntar en el diario» (RT, 233). Y como no hay nada más interesante, reconstruye la imagen del Novo niño, temeroso y sensible, y un sinnúmero de recuerdos hilvanados: los primeros traumas, los cambios de residencia, los ecos de la Revolución. La estancia en San Francisco, sin embargo, sí merece apuntes, impresiones. Era un mundo admirado y querido, sobre todo a través de la literatura. Una vez en el barco, experimenta sensaciones nuevas: la grandeza del mar, la soledad del ser humano. En fin, páginas de profundo lirismo tras las que asoma, al menor descuido, el Novo irónico y mordaz, frívolo y vagamente metafísico:

Todo en la tierra es pintoresco y es aprovechable, y hay ciudades. En el mar no hay sino un color, un silencio y un sol. La tierra no es capaz de guardar un secreto. Todo en ella está, como dicen, «a flor», a flor de tierra. Cuanto sabe, todo lo declara a la menor indicación. Y no se le arroje una semilla, porque en seguida devolverá cientos de árboles cargados de ellas. No se le puede confiar un muerto, porque, además de transformarlo en un surtido de productos vegetales y químicos, la tierra nos retorna el obsequio con diez niños (...)

El mar, en cambio, si guarda dentro de sí todas esas diversas nacionalidades de peces, de plantas y de alhajería que suelen atribuirle algunas personas, nada tiene que lo demuestre, sin embargo. ¡Imagínese lo que haría la tierra con todas las cosas que el mar oculta de tan digna manera! (RT, 287-288).

Tras el desembarco, a veces se sorprende con los contrastes, otras lo decepcionan:

¹⁹ El joven está más en sintonía con la línea estética del resto, pero me detengo en esta obra precisamente para mostrar que en la narrativa de los Contemporáneos también cabe hacer matices.

Voy viendo, Hawaii, que no me asombras mucho con tus productos. Tampoco me extrañarás con tus mujeres si todas ellas son como tus postales lo dicen: exactos duplicados de las sufridas criadas de mi casa y de las oaxaqueñas que tan en boga ha puesto el programa educativo de redención del indio y la escarlatina mural de Diego Rivera (RT, 298).

Innumerables anglicismos léxicos, que en Novo son ya rasgos de estilo, salpican el diario. Este desemboca en las últimas páginas en un sintético tratado de la historia del archipiélago hawaiano, y termina con un «apéndice gramatical para uso del lector que no haya ido a Hawaii y quiera aprovecharlo».

El abandono de la novela

Después de esto, sólo Torres Bodet siguió escribiendo otras novelas del mismo corte, como *La educación sentimental* (1929) o *Proserpina rescatada* (1931). Pareció, por tanto, ser el único en no desencantarse del vanguardismo narrativo en que incursionaron con tanta pasión. ¿Por qué el desencanto? Tal vez porque ya logrado el matrimonio de la novela con la poesía, perdieron interés en su esposa-amante al igual que sus protagonistas; explorado ya el camino que tan lleno estaba de sugerencias, siguieron haciendo poesía como lo que eran y nunca dejaron de ser ni siquiera escribiendo estas prosas.

En todo caso, su fracaso fue su triunfo: la novela aprendió a hablar en primera persona, a manejar múltiples puntos de vista, a traducir las voces de la conciencia, a no ser esclava nunca más de la linealidad temporal. Con ello, la historia literaria mexicana se enriqueció y dieron a los escritores posteriores una libertad creadora sin precedentes.

María del Mar Paúl Arranz



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Arbor

FEBRERO 1996

Francisco Mora:
Neurociencia y Pensamiento.
Introducción.

José María Delgado García:
¿Para qué mover los ojos si ya
movemos la cabeza?

Alberto Ferrús:
Cerebro y genoma: dos lecturas
paralelas.

Antonio G. García y Luis Gandía:
Bioquímica y farmacología de la
neurotransmisión sináptica.

Manuel Nieto Sampedro:
Plasticidad neural: del aprendizaje a
la reparación de lesiones.

Jesús Flórez:
Cerebro, atracción y deseo.

Luis Puelles:
Desarrollo y plasticidad neurales.
Implicaciones para la teoría
materialista emergente de la mente.

Francisco Mora:
Neurociencias: ¿Hacia una nueva
concepción del hombre?

MARZO 1996

*Roberto Moreno, Ana Romero,
Fernando Redrajo:*
La Recuperación de la
instrumentación científico-histórica
del Consejo Superior de
Investigaciones Científicas.

Emilio Muñoz:
Agricultura y Biodiversidad:
Biotecnología y su relación
conflictiva con el medio ambiente.

Ramón Lapiedra:
Psicoanálisis y ciencia: tres
cuestiones epistemológicas.

Javier Aracil:
Realidad y representación mediante
sistemas dinámicos.

Pedro García Barreno:
El hospital General de Madrid. Su
primer reglamento (1589).

Rafael E. Tarragó: El partido liberal
autonomista y José Martí.

ABRIL-MAYO 1996

EN TORNO A CIENCIA Y TECNICA EN
LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LOS
SIGLOS XVI Y XVII. DE JOSE M^o LOPEZ
PIÑERO

José Manuel Sánchez Ron:
«Presentación».

José María López Piñero: «Tradición
y discontinuidad en España de la
historiografía de la ciencia».

Pedro Lain Entralgo: «José María
López Piñero y la historia de la
ciencia española».

F. Javier Puerto Sarmiento: «Un
clásico contemporáneo».

Mariano Esteban Piñero: «Ciencia y
técnica...», fuente y guía para la
investigación sobre la Ciencia y la
Técnica en el Siglo de Oro».

Thomas F. Glick: «López Piñero y
Robert Merton: Ciencia, técnica,
motivación, decadencia».

Luis García Ballester: «Naturaleza y
ciencia en la Castilla del siglo XIII.
Los orígenes de una tradición: los
Studia franciscano y dominico de
Santiago de Compostela (1222-
1230)».

Jon Arrizabalaga: «Práctica y teoría
en la medicina universitaria de
finales del siglo XV: El tratamiento
del mal francés en la corte papal de
Alejandro VI Borja».

Rafael Chabrán: «López Piñero y la
historia natural: Las aportaciones de
Francisco Hernández».

Victor Navarro Brotóns: «La ciencia
en la España del siglo XVII:
El cultivo de las disciplinas
físico-matemáticas».

Antonio Domínguez Ortiz: «La
Inquisición y los Ilustrados
sevillanos: Las licencias para leer
libros prohibidos».

DIRECTOR

Miguel Angel Quintanilla

DIRECTOR ADJUNTO

José M. Sánchez Ron

REDACCION

*Vitrubio, 8 - 28006 MADRID
Teléf. (91) 561 66 51*

SUSCRIPCIONES

*Servicio de Publicaciones de
C.S.I.C.*

*Vitrubio, 8 - 28006 MADRID
Teléf. (91) 561 28 33*

Arbor

ciencia

pensamiento

y cultura